

# María José Villaverde Rico, Rousseau visto por sus contemporáneos: odio e idolatría

(2025) Guillermo Escolar  
Madrid, 223 pp.

José López Hernández  
*Universidad de Murcia*  
ORCID ID 0000-0002-4861-7152  
[lopezh@um.es](mailto:lopezh@um.es)

Cita recomendada:

López Hernández, J. (2025). María José Villaverde Rico, Rousseau visto por sus contemporáneos: odio e idolatría. *Eunomía. Revista en Cultura de la Legalidad*, 29, pp. 431-449.

DOI: <https://doi.org/10.20318/eunomia.2025.9864>

Recibido / received: 30/06/2025  
Aceptado / accepted: 25/09/2025

## Resumen

En Rousseau visto por sus contemporáneos la profesora María José Villaverde investiga la vida y obra de Rousseau en sus relaciones con el movimiento ilustrado y con sus adversarios, los antiilustrados. Estas relaciones, plagadas de querellas personales y disputas ideológicas con los que primero fueron sus amigos, más tarde sus enemigos (Diderot, Voltaire, D'Holbach, Hume, etc.), sirven para ilustrar las diferencias de vida, que a su vez se traducían en divergencias aún mayores en sus concepciones del mundo y propuestas teóricas. Así vemos que Rousseau se alejó de sus colegas ilustrados por el culto excesivo a la razón, su aprecio por la riqueza, el poder y los artificios sociales, la incredulidad religiosa y el alejamiento de la naturaleza, defendiendo a cambio Rousseau el sentimiento, el amor a la naturaleza, el rechazo de los artificios y la hipocresía social, la búsqueda de la soledad, la intimidad, la transparencia y la compasión.

## Palabras clave

Rousseau, Diderot, Voltaire, Ilustración, Contrailustración, Razón, Sentimiento.

## Abstract

*In Rousseau visto por sus contemporáneos, professor María José Villaverde delves into the life and works of Rousseau and his relationship with the movement of the Enlightenment, as well as with its adversaries, the Counter-Enlightenment. These relations, plagued with personal and ideological disputes with those that were, at first, his friends and later on, his enemies (Diderot, Voltaire, D'Holbach, Hume, etc.), help illustrate the life differences that, in turn,*

*translated into even larger divergences in their conceptions of the world and their theoretical propositions. Thus, we see that Rousseau distanced himself from his Enlightenment colleagues due to their excessive cult of reason, their appreciation of wealth, power and social artifice, their religious incredulity and their alienation from the natural world. In contrast, Rousseau argued for the value of sentiments, the love of nature and the rejection of social artifices and hypocrisy and the search for solitude, intimacy, transparency and compassion.*

**Keywords**

*Rousseau, Diderot, Voltaire, Enlightenment, Counter-Enlightenment, Reason, Sentiment.*

SUMARIO. 1. Introducción: los objetivos del estudio. 2. Vida e ideas de Rousseau en relación con sus contemporáneos. 2.1. Diderot. 2.2. Voltaire, Hume, D'Holbach. 2.3. El complot universal y la irrupción del individuo. 3. ¿Es Rousseau un antiilustrado? La Contrailustración. 4. Conclusiones y debate. 4.1. Conclusiones del libro. 4.2. Apuntes críticos.

## 1. Introducción: los objetivos del estudio

María José Villaverde nos sorprende gratamente con un nuevo libro. Después de su última entrega sobre el pensamiento y vida política del gran autor francés teórico de la democracia, Tocqueville (Villaverde, 2022), ahora nos deleita con un nuevo estudio sobre Rousseau, ginebrino, que es también una de las cumbres de la literatura y el pensamiento en lengua francesa. Villaverde, catedrática de Ciencia Política de la Universidad Complutense, conoce a fondo el pensamiento de Rousseau y de los autores que forman el movimiento ilustrado, a los que ha dedicado gran parte de su actividad académica, dirigiendo durante años el Seminario de la Ilustración en la Fundación Ortega y publicando numerosos artículos y libros sobre esta temática, junto a algunos de los principales investigadores españoles y extranjeros especialistas en el siglo de las Luces.

Este libro tiene precisamente su origen en el primero que María José Villaverde escribió sobre el mismo autor hace tiempo (Rousseau y el pensamiento de las Luces, 1987). La editorial Tecnos le pidió recientemente que escribiera una introducción para ponerla al frente de la segunda edición de la obra y la realización de esta tarea se fue ampliando hasta dar como resultado este nuevo libro, que contiene una revisión a fondo y una actualización de la interpretación de la obra de Rousseau a la altura de nuestros días. Han pasado más de treinta y cinco años y en dicho período de tiempo han cambiado las circunstancias históricas de las sociedades modernas, pero también las interpretaciones sobre la Ilustración, sobre Rousseau y los autores estudiados en el libro, así como sobre el contexto histórico y filosófico de la Ilustración, cuyos ecos llegan hasta nuestro tiempo. Ello da una idea de cómo es la historia del pensamiento en el ámbito social y político: las ideas del pasado están presentes en los nuevos contextos con nuevas interpretaciones y puntos de vista renovados. Siguiendo la metodología actual y más fecunda de la historia de las ideas, que parte de la formulación lingüística y del contexto histórico en el que se han expresado los conceptos sociopolíticos, Villaverde profundiza en el estudio de Rousseau y sus relaciones con sus contemporáneos a la luz de las nuevas interpretaciones realizadas sobre él y sobre el movimiento ilustrado en las últimas décadas. El cambio en la visión e interpretación de los autores del pasado es una constante en la historia intelectual y esto es aún más acusado y adquiere mayor importancia en los grandes clásicos del pensamiento, confirmándose así la tesis, aceptada implícitamente por la mayoría y formulada explícitamente por muchos, de que la filosofía es simplemente la

«conversación de la humanidad (Rorty, 1983, pp. 351-355)», el diálogo permanente entre pensadores del pasado y del presente a lo largo de la historia.

El libro de Villaverde tiene varios puntos de interés que quiero destacar. En primer lugar, aunque parezca formal y un asunto menor, es un libro ameno de leer, con una narración interesante, casi novelesca, que resulta muy útil para exponer todos los pormenores de aquellas intrincadas relaciones entre escritores, científicos, filósofos, aristócratas, alta burguesía, gente de mundo, *salonniéres*, etc. La autora combina muy bien el aspecto biográfico, plagado de chismes, cotilleos y desahogos emocionales, con la exposición de las ideas y polémicas ideológicas entre sus personajes en los diversos ámbitos: moral, religioso, metafísico, político, estético, etc. En segundo lugar, presenta una investigación profunda, extensa y detallada de las múltiples relaciones de Rousseau con sus contemporáneos, dividida en cuatro bloques, dedicados a Diderot, Voltaire, Hume y D'Holbach, terminando con el supuesto complot universal urdido por sus enemigos contra él. En cada uno de esos bloques se integran también los enciclopedistas y la élite de la sociedad francesa y europea. En tercer lugar, hay un estudio del movimiento antiilustrado, la Contrailustración o los antiphilosophes en sus distintas variedades, religiosas, políticas y literarias.

El objeto de esta investigación tan laboriosa es responder a la pregunta que María José Villaverde se viene haciendo desde su primer libro y que se hacen muchos rousseauistas y estudiosos de la Ilustración: si Rousseau era un ilustrado o un enemigo de la Ilustración. En 1987 Villaverde, de acuerdo con otros historiadores, como J. Deprun, «catalogaba a Rousseau como un antifilósofo (Villaverde 2025, p. 12)». Ahora, en este nuevo libro, se pregunta si Rousseau era un ilustrado que terminó pasándose al bando de la antiilustración. Y al terminar el estudio, su respuesta anterior queda matizada de la siguiente forma: «Si no se puede entender a Rousseau sin enmarcarle en el mundo de los enciclopedistas, tampoco se le puede entender sin relacionarle y sin trazar las similitudes con los antiphilosophes (p. 199)». A mi juicio, la investigación que Villaverde realiza en este libro es tan minuciosa y completa, que nos permite dar una respuesta más compleja y actualizada, en diálogo con otras concepciones filosóficas críticas sobre la Ilustración y la modernidad occidental. El tema, pues, que nos plantea este libro es: ¿en qué medida Rousseau es un ilustrado y en qué medida no lo es, criticando o rechazando las ideas ilustradas? Y simultáneamente, dada la relación de similitud entre ilustración y modernidad: ¿en qué aspectos las ideas de Rousseau se adecuan a la modernidad y en qué otros aspectos su pensamiento plantea un retroceso al pasado histórico premoderno? Expondremos los hallazgos principales de la investigación de Villaverde y nos aprovecharemos de su excelente trabajo para extraer algunas conclusiones sobre ciertos aspectos de la modernidad o contemporaneidad de Rousseau, un tema que nos interesa especialmente.

## 2. Vida e ideas de Rousseau en relación con sus contemporáneos

Como historiadora de las ideas, M.J. Villaverde se propone «esclarecer y aportar luz» sobre la figura y las ideas de Rousseau. Es decir, esclarecer su vida y su pensamiento, elementos ambos que están estrechamente conectados en la modernidad, más que en épocas anteriores, y, al mismo tiempo, «insertarle en su época y mostrar cómo le veían sus contemporáneos» (Villaverde, 2025, p. 9). En dos palabras, conocer a Rousseau en su subjetividad y en su historicidad, dos de los caracteres esenciales de la era moderna. A) Subjetividad: Antes de la modernidad, el pensamiento y el conocimiento partían de los objetos y se alimentaban de ellos. Sin embargo, en la modernidad se parte de la subjetividad: es el sujeto el que rige los objetos. En Descartes el «yo pienso» es el punto de partida del conocimiento, y en Kant las

estructuras a priori del sujeto en sus facultades, sensibilidad, entendimiento y razón, son las que dan forma al conocimiento de los objetos, produciendo, respectivamente, fenómenos, conceptos e ideas. B) Historicidad: Este rasgo se acentúa en la segunda modernidad, en la edad contemporánea. Toda la realidad, y el centro en torno al cual giran la realidad y el conocimiento, o sea, el sujeto, está constituido esencialmente como tiempo. El ser humano es temporalidad y el ser del mundo que este desvela y constituye es un devenir incesante. La realidad y su conocimiento (ser y ser percibido) están afectados en su esencia por el transcurso ininterrumpido del tiempo. Por eso, la vida y las ideas de Rousseau, como las de sus contemporáneos, están conectadas y se retroalimentan, mientras que la vida y las ideas de los autores premodernos no tenían esa conexión esencial, porque la subjetividad y el contexto histórico no determinaban el pensamiento de un autor tan intensamente como ahora. Al mismo tiempo, la interpretación que hoy hacemos cada uno de nosotros sobre Rousseau y los ilustrados viene también determinada por la subjetividad de cada intérprete y el tiempo histórico en el que pensamos.

Las interpretaciones acerca del pensamiento de Rousseau han sido más variadas y contradictorias que las de casi ningún otro autor en la historia. Desde el siglo XVIII hasta hoy se le han atribuido al escritor ginebrino las posiciones ideológicas más diversas. En los años 70 del siglo pasado -afirma Villaverde- ya se le aplicaban calificativos opuestos, como «anarquista, premarxista, liberal, individualista, colectivista o totalitario (p. 9)». Como miembro de la Ilustración fue considerado por algunos como un racionalista, pero, al mismo tiempo, se le ha visto siempre como un precursor del romanticismo por su énfasis en la sensibilidad y los sentimientos del individuo. En política se le considera padre de la democracia por su idea de la soberanía popular, mientras que otros le contemplan como un precedente del totalitarismo por su idea de la alienación total del individuo en el Estado, negando la posibilidad de la representación política y la división de poderes. La historia de la recepción de sus escritos pone de manifiesto la inmensa variedad de sus seguidores y las influencias que ha ejercido, a veces en sentido contrario<sup>1</sup>. La variedad de interpretaciones la provocó ya el propio Rousseau desde su aparición en la escena pública literaria con su primer Discurso, en el que atacaba el corazón de las ideas defendidas por sus amigos ilustrados: la ciencia, las artes y el progreso de las sociedades modernas las puso en cuestión Rousseau, causando gran perplejidad entre sus contemporáneos y granjeándose las primeras enemistades. Desde entonces se le calificó como el autor de las paradojas (Trousson 1977, p. 9 ss.). Consciente de ello, el mismo Jean-Jacques pedía paciencia a sus lectores cuando observaran aparentes contradicciones en sus escritos, ya que, según él, los temas de los que trataba, el hombre, la moral, la sociedad y la política, se prestaban a muchos malentendidos (Rousseau 1966, p. 68, *Contrat social*, II, 4).

## 2.1. Diderot

Estas paradojas, junto a ciertos rasgos extremos de su personalidad, están en el fondo del debate planteado por M.J. Villaverde, tal como lo enuncia el título del capítulo 2º de su libro: «La biografía sí importa. Rousseau contra la República de las Letras: trifulca personal y lucha ideológica» (Villaverde, 2025, p. 31). La autora desgrana con gran precisión los detalles de las relaciones personales de Rousseau con los principales escritores ilustrados, añadiendo al mismo tiempo sus diferencias ideológicas con cada uno de ellos. El primero y más importante de sus amigos fue Diderot, de su misma edad, a quien conoció en 1742 en el café de la Régence y que

<sup>1</sup> Sobre la gran diversidad de sus interpretaciones e influencias, véanse los trabajos de R. Trousson citados en el libro y también su *Fortune littéraire de J.-J. Rousseau. Sobre la amplísima y variada influencia de Rousseau en Francia desde 1950*, véase T. L'Aminot 2013.

le introdujo en el círculo de los ilustrados: Condillac, Grimm, Raynal, D'Alembert, D'Holbach. La casualidad hizo que Diderot fuese también, aunque involuntariamente, el impulsor de la carrera literaria de Rousseau, ya que este concibió la obra que le lanzó a la fama, el *Discurso de las ciencias y las artes*, en la famosa «iluminación de Vincennes», cuando Rousseau iba a visitar a su amigo en la prisión y leyó la propuesta del concurso de Dijon, que acabaría ganando: «Si el restablecimiento de las ciencias y las artes ha contribuido a depurar las costumbres». Rousseau abrazó emocionado a Diderot, movido por las reflexiones y el impacto que le había provocado la pregunta. Después sabemos que las ideas expresadas en el libro, publicado en 1751, chocaban frontalmente con las de Diderot y los enciclopedistas: su ataque a las ciencias y las artes como una de las causas de la degradación de las costumbres, así como el rechazo de la idea de progreso científico y económico defendido por los *philosophes*. El libro fue refutado por muchos escritores, pero además ese mismo año 1751 Diderot iniciaba la publicación de la *Encyclopédie*, que representaba el proyecto contrario a lo que Rousseau había defendido en su primer ensayo. Aun así, Diderot le pidió y obtuvo algunas colaboraciones de Rousseau para la gran obra. Pero el enfrentamiento ideológico se planteaba ya en estos términos: Rousseau contra la razón y el progreso, que eran el santo y seña de los enciclopedistas.

La primera disputa personal surgió al año siguiente. En 1752, al cumplir los cuarenta años, Rousseau renuncia al mundo y a la gloria literaria, abandona París y hace votos de pobreza, libertad y verdad. Vive como copista de partituras de música y se plantea ser independiente del poder político, económico y religioso. Rechazó ser miembro de la Academia Francesa y otros cargos, así como la pensión que le había ofrecido el rey Luis XV. Esto último ocasionó su primera disputa con Diderot. Y todo junto molestó a los círculos literarios e ilustrados, que entendían la nueva actitud de Rousseau como un menoscabo a lo que ellos hacían. En efecto, estos personajes, con Voltaire y Grimm a la cabeza, buscaban los favores de la aristocracia, de los ricos y las autoridades políticas, para obtener una posición social y apoyo a su actividad literaria y filosófica. De aquí derivaría su segundo enfrentamiento ideológico con los ilustrados: la lucha contra los ricos y los poderosos. Rousseau rechazaba la riqueza, el poder e incluso la fama proporcionada por la opinión pública, adoptando un estilo de vida pobre y libre, dedicado a conocer y difundir la verdad. Eso suponía un ataque al carácter de clase del movimiento ilustrado, que actuaba en conformidad con los intereses de la burguesía emergente y de la aristocracia ilustrada, mientras Rousseau se ponía en la posición del plebeyo, al lado del pueblo. Este segundo disenso es el más importante, porque afecta tanto a las disputas de ideas como a las enemistadas y odios personales. De ahí, la importancia de este recorrido biográfico que realiza la autora a lo largo de todo el libro con los diversos personajes del movimiento ilustrado y Rousseau.

En 1754 Rousseau abre un nuevo frente contra los *philosophes*, que no afecta solo a Diderot, sino también a todo el círculo de D'Holbach, Grimm, Helvétius y otros. Es el frente de la religión y el ateísmo, que además es una disputa ideológica con más carga emocional y personal que las restantes, debido a la estrecha conexión entre sentimientos y creencias religiosas. Villaverde lo describe así:

La escena se produjo en casa de Mademoiselle Quinault, durante la cena. Algunos *philosophes* charlaban sobre religión y ateísmo y es probable que profiriesen insultos contra la divinidad. Rousseau no pudo contenerse, se levantó y exclamó: «Yo creo en Dios (...) [Y] si decís una sola palabra más me marcho». En ese momento, tomó la decisión de edificar su propia filosofía. Su «cruzada contra el ateísmo» había comenzado (Villaverde, 2025, p. 41).

A pesar de su fuerza emocional, este enfrentamiento de Rousseau con los ilustrados no fue el más importante en el campo de las ideas. Pues en temas religiosos Rousseau solo se oponía al ateísmo y a su base materialista, defendiendo en cambio una religión natural, una variedad del deísmo, con elementos tomados también del cristianismo, de la misma forma que lo estaban haciendo muchos otros pensadores de la Ilustración en su versión moderada, como era el caso de Kant.

Finalmente, la ruptura personal con Diderot, que sería también el principio de la ruptura con su círculo de amigos ilustrados, se inició en 1756, cuando Rousseau decide quedarse a pasar el invierno en Montmorency (*L'Ermitage*) con su mujer y su suegra, contra la opinión y las fuertes críticas de Mme. D'Épinay, Grimm y Diderot. Desafiando los gustos y el modo de vida de los *philosophes* Rousseau prefiere la vida en el campo, centrado en sus lecturas morales y políticas y, sobre todo, cultivando sus fantasías amorosas, comenzando a escribir entonces la *Nueva Eloísa*. Aquí vemos cómo el radical enfrentamiento entre Rousseau y los ilustrados procede de la biografía, de su propio carácter y personalidad, que impregna toda la obra y el pensamiento del ginebrino. De los asuntos personales se pasó con fogosidad al enfrentamiento radical en el plano de las ideas. Diderot lanzó una indirecta que Rousseau no dudó en apropiársela, cuando en su obra de teatro *Le fils naturel* aquel afirmaba que el que tiene talentos raros «debe rendir cuentas a la sociedad», que si no lo hace comete un delito y que «el hombre de bien se halla dentro de la sociedad, y que solo el malvado está solo» (Villaverde, 2025, p. 44). Estas palabras, relacionando su gusto por la soledad con la maldad y el delito, sentaron muy mal a Jean-Jacques. Y este fue el cuarto motivo, quizás el más importante, de enfrentamiento entre Rousseau y los ilustrados: el amor a la naturaleza, el rechazo de la sociedad y su inquina contra los artificios, las apariencias y las relaciones sociales que desnaturalizan al hombre, desarrollando el amor propio y las pasiones negativas antihumanas. En este punto se diferencia Rousseau radicalmente de los ilustrados, en el amor a la naturaleza, que se añade a los puntos señalados anteriormente: su exaltación del sentimiento y su rechazo a la razón instrumental, puesta al servicio del poder y la riqueza.

Como nos hace ver Villaverde en su estudio, la biografía tuvo un papel central en el debate Rousseau-Ilustración. Y esta deriva se desarrolla a lo largo de toda la vida de Jean-Jacques, en contacto estrecho y permanente con sus pares y amigos ilustrados. La ruptura definitiva con Diderot, que marcó el punto de no retorno con él y el resto del movimiento ilustrado, se produjo en 1758 con la publicación de la *Lettre à d'Alembert*, que fue la respuesta de Rousseau al enciclopedista por su artículo *Genève*, aparecido en el tomo VII de la *Enciclopedia*. En el Prefacio de su escrito Rousseau lamenta que, al «vivir solo», no puede mostrar su ensayo a nadie, y es ahí donde ataca al que fuera su mejor amigo y consejero, Diderot, por haber revelado un secreto que Rousseau personalmente le había confiado: su amor por Mme d'Houdetot. Y con una cita del *Eclesiastés* deja sentenciado que por ese acto de traición a su corazón un amigo deja de serlo para siempre (Villaverde, 2025, pp. 61-62; Rousseau, 1967, pp. 49-50). Por otro lado, en el plano de las ideas, la *Lettre* representaba una nueva andanada contra las artes y las letras, en este caso el teatro, al cual se oponía furibundamente Rousseau, en un nuevo ataque de censura contra la literatura y el arte, en defensa de la moral tradicional y las costumbres antiguas, volviendo al concepto de virtud espartana que ya había defendido en otras ocasiones; ahora, a propósito de su ciudad, Ginebra. De nuevo Rousseau aparece como un enemigo de los ideales ilustrados: las ciencias, las artes, la cultura y el progreso.

Diderot se sintió más dolido con este último ataque personal, porque por entonces él pasaba por su peor momento, ya que en 1757 la Enciclopedia había entrado en crisis por las fuertes críticas de los *antiphilosophes*, llegando a ser

prohibida y condenada en 1759 por el Parlamento de París y por Roma, retirándose d'Alembert del proyecto y quedándose él solo al frente. Los ataques afectaron también a otras obras antirreligiosas, como *De l'esprit* de Helvétius. Por eso, los encyclopedistas salieron en defensa de Diderot, atacando a Rousseau, que comenzó a ser visto entonces como un enemigo más de la Ilustración. Grimm, Mme d'Épinay, Saint Lambert, d'Alembert, Voltaire y todos los amigos de Diderot lanzaron críticas e insultos a Rousseau, coincidiendo en que su actitud era inexplicable y que sin duda se había vuelto loco. Diderot escribió unas anotaciones sobre Rousseau en las que le acusaba de todo: infame, falso, vano, Satanás, ingrato, cruel, hipócrita, malvado, doble apóstata, renegado, monstruo. Ese escrito, con el título *Sept scélérateuses de Jean-Jacques Rousseau*, fue un desahogo contra la ingratitud del amigo a quien había ayudado y querido, pero Diderot lo guardó y nunca fue publicado (Villaverde, 2025, p. 62). Después de esta ruptura, hubo dos intentos de reconciliación, uno por parte de Rousseau y otro por parte de Diderot, cuando ambos eran perseguidos por sus publicaciones, pero ya no fue posible volver a rehacer la antigua amistad (Villaverde, 2025, pp. 60 y 66). Diderot siguió en su línea de pensamiento ilustrado radical, terminando la publicación de la Encyclopédie, mientras Rousseau se quedaba cada vez más solo, sintiéndose perseguido por todos los sectores de la sociedad.

En medio de esta tormenta, Rousseau había abandonado l'Ermitage en 1757, quedándose en Montmorency, primero en Montlouis y más tarde en el castillo del Duque de Luxemburgo. En estos años, en su retiro campestre, escribió sus grandes obras: la *Nueva Eloísa*, *Emilio* y el *Contrato social* (1761-1762). Este solo hecho demuestra que la biografía y las ideas son inseparables, especialmente en personajes como Jean-Jacques. Los notables defectos de carácter que tenía, destacados por sus mejores amigos, como el ser una persona quisquillosa, ególatra, narcisista, paranoica, con rasgos de mezquindad, exhibicionismo, pequeñas miserias de juventud narradas en sus Confesiones, como el robo y la mentira para culpar a otros, sus relaciones con Mme de Warens y, sobre todo, su gran pecado, que fue el abandono de los hijos, son las manifestaciones externas y negativas de su personalidad. Pero los rasgos profundos que marcaron su vida y su obra fueron principalmente dos: a) la sensibilidad extrema, expresada a través de una imaginación desbordante, y b) la tendencia a la soledad para disfrutar de su propio yo en medio de la naturaleza y sin una compañía humana transparente (Starobinski, 1971), que para él resultaba imposible. La manifestación literaria y filosófica de estos dos grandes rasgos fueron las obras mencionadas, que tratan del individuo en sus relaciones amorosas, de la vida moral, la educación en la naturaleza y la vida en sociedad, culminada por un modelo de Estado que era democrático en su fundamento, pero autoritario en su desarrollo y en el ejercicio del poder. A raíz de la publicación de estas obras se desató una persecución de las autoridades políticas y religiosas contra él que, unida a sus disputas personales e ideológicas con sus compañeros ilustrados y a las críticas de los antiilustrados, determinaron el resto de la vida y de la obra de Jean-Jacques. Para ello hay que ver las relaciones con los otros ilustrados y con los *antiphilosophes*.

## 2.2. Voltaire, Hume, D'Holbach

Villaverde detalla las múltiples relaciones de Rousseau con su entorno ilustrado y también con la corriente antiilustración que se formó a mediados del siglo para luchar contra las ideas de los encyclopedistas. El principal enemigo de Rousseau fue el gran Patriarca de las Letras francesas, Voltaire, que vivió exiliado gran parte de su vida, pero mantenía excelentes relaciones con algunos monarcas y aristócratas de toda Europa y que, a su vuelta del exilio, con 84 años, recibió un homenaje de toda la sociedad parisina, estrenando su obra *Irène* con la presencia de la reina y la alta sociedad, presidiendo una sesión de la *Académie*, recibiendo a personalidades de Europa y de Norteamérica, siendo proclamado el Homero de Francia, representando

el momento cumbre del triunfo de la Ilustración (Villaverde, 2025, p. 139). Ese mismo año de 1778, el 30 de mayo, falleció Voltaire y, poco después, el 2 de julio, moriría Rousseau en Ermenonville, donde le había acogido en su casa M. de Girardin. Voltaire representaba el triunfo del movimiento ilustrado, que al fin era reconocido por las esferas del poder político, la alta sociedad y la intelectualidad francesa, mientras Rousseau, repudiado por sus antiguos amigos ilustrados y por la mayor parte de la alta sociedad y las autoridades políticas y religiosas, solamente era apreciado por un pequeño sector del mundo filosófico-literario y algunos nobles, así como por sus lectores, que en gran medida eran mujeres. Además, en vida, Rousseau y Voltaire fueron los enemigos más encarnizados, a pesar de la admiración que sentían mutuamente, sobre todo Rousseau, por su obra literaria. Pero estos enemigos terminaron siendo homenajeados *post mortem*, tras la revolución, compartiendo un mismo espacio de honor en el gran templo laico del Panteón parisino.

Según Villaverde, Voltaire y Rousseau estaban en el mismo bando ideológico: ambos luchaban por la libertad y contra el fanatismo. Pero sus objetivos eran distintos: Voltaire centraba su lucha en desmontar las supersticiones y el fanatismo religioso, representados para él en el clero y las instituciones de la Iglesia católica. Rousseau buscaba por encima de todo la verdad («*Vitam impendere vero*») y detestaba la hipocresía, la falsedad y la mentira. En el aspecto personal, Voltaire amaba el éxito, la fortuna, el poder, y le gustaban las relaciones sociales y las apariencias, frente al trato íntimo y la autenticidad. Por el contrario, Rousseau buscaba la pureza, la transparencia de los corazones, la comunicación afectiva, la amistad, el amor, la sencillez; de origen plebeyo, tenía gustos sencillos, se sentía inferior socialmente, pero muy dotado intelectualmente; no le gustaban las relaciones sociales y prefería la intimidad. Por consiguiente, el enfrentamiento entre las dos grandes figuras de la Ilustración estaba servido, primero por su carácter y después, por sus ideas. A ello se sumó que el genio de Rousseau para la escritura era muy superior al de Voltaire, por su elocuencia y su capacidad para crear emociones y fantasías que seducían a los lectores. Esto no podía sino provocar más la envidia y los celos de Voltaire, que no perdió ocasión de atacarle desde su primer escrito y terminó ensañándose con él siempre que tenía ocasión. Son conocidos los sarcasmos de Voltaire comparando a Rousseau con los animales y vertiendo todo tipo de insultos personales por sus escritos sobre la desigualdad, su amor a la naturaleza y su añoranza por el estado primitivo de la humanidad. Al recibir el *Discurso sobre el origen de la desigualdad* que Rousseau le había enviado, Voltaire le respondió: «He recibido, señor, su nuevo libro contra el género humano (...) Dan ganas de ponernos a andar a cuatro patas» (Villaverde, 2025, p. 84). La publicación de la *Lettre à d'Alembert* la tomó como un ataque personal contra él, que tenía su residencia entonces en Ginebra. Y cuando la persecución contra los enciclopedistas alcanzó su punto álgido con la prohibición de la Encyclopédie y la difusión de críticas y sátiras como la representación de la obra de Palissot *Les philosophes*, Voltaire proclamó ya a Rousseau como el enemigo de las Luces, lo cual fue sin duda un factor decisivo para que el ginebrino fuese calificado como tal por sus contemporáneos y por una parte de la posteridad. El enfrentamiento siguió con otros escritos de acusaciones mutuas, como el *Sentiment des citoyens* (1764), donde Voltaire, en respuesta a las *Lettres de la montagne*, desvelaba que Rousseau había abandonado a sus hijos al nacer, mandándolos al hospicio (pp. 92-93). Los insultos alcanzaron el paroxismo cuando estalló el *affaire de Rousseau* con Hume en Inglaterra. Voltaire publicó, negando su autoría, la *Lettre au Docteur Pansophe* (1766), en la que realizaba una «sátira feroz contra las ideas de Rousseau sobre sociedad, religión, educación, ciencia, progreso, etcétera» (Villaverde, 2025, año, p. 107). Le siguieron otros escritos en forma versificada, en los que Voltaire arrojaba todo un arsenal de insultos y calificativos injuriosos, que causaron estupor y rechazo incluso entre sus propios partidarios. M.J. Villaverde documenta abundantemente estos escritos de Voltaire, la mayoría anónimos, y cita algunos de

sus versos plagados de odio, como los que aparecen en el poema *La guerre civile de Genève*, donde ataca a Rousseau y a su mujer Thérèse como una pareja satánica. La Harpe, admirador de Voltaire, que asistió a la lectura de este poema, cuenta que los oyentes «consternados guardaron un silencio incómodo, porque sus insultos les parecieron intolerables» y «reconocía que el «Patriarca» se había excedido difamando a Rousseau y había vomitado las injurias más groseras y más brutales», deshonrando así su pluma, comenta la autora (Villaverde, 2025, p. 110).

Todo este repaso a la literatura panfletaria de la época viene a mostrar que las polémicas personales expresaban diferentes formas de ser y estilos de vida de los ilustrados y se mezclaban con los debates filosóficos e ideológicos, en los temas que hemos visto más arriba, especialmente en las cuestiones morales, religiosas y políticas de la sociedad. El antagonismo entre Voltaire y Rousseau ilustra muy bien estas dos diferencias: 1) Rousseau era un desclasado, de origen plebeyo, casado con una mujer humilde, y prefería el trato con los campesinos y la gente del pueblo antes que con la nobleza. 2) Pero, al mismo tiempo, sus concepciones sobre el hombre, la naturaleza y la sociedad eran radicalmente antagónicas con las de los *philosophes*, cuya figura más prominente era precisamente Voltaire, cuya vida y gustos estaban al lado de los ricos y poderosos, que amaba el lujo, la riqueza, la fama y la compañía de los grandes de la sociedad. Lo curioso es que ni siquiera llegaron a conocerse personalmente, lo cual contribuyó a aumentar aún más el odio entre ellos (Villaverde, 2025, pp. 78-79). En el plano de las ideas solamente tuvieron una disputa importante, cuando a raíz del terremoto de Lisboa (1755) Voltaire publicó un poema sobre el desastre, mostrándose escéptico sobre la existencia de la providencia divina, y Rousseau le contestó con una Carta (*Lettre à Voltaire*, 1756) en la que defendía apasionadamente la providencia de Dios, de acuerdo con su idea de que todo lo que sale de sus manos, o sea, la naturaleza, es bueno y que el hombre en sociedad es la causa de todos los males. Jonathan Israel, en su análisis de esta famosa disputa, concluye que las posiciones de ambos no estaban tan alejadas y que ambos creían en la Providencia, aunque la ironía volteriana pudo ser la causa de las suspicacias de Rousseau y de su gran indignación contra el Patriarca (Israel, 2013, pp. 21-30). Lo cierto es que, a partir de esta disputa, la enemistad entre Rousseau y Voltaire se hizo definitiva. Y si la relacionamos con la lucha que Rousseau llevaba entonces contra los defensores del ateísmo (D'Holbach, Helvétius, etc.) y su ruptura con Diderot que hemos visto más arriba, tenemos ya los elementos principales para entender el enfrentamiento profundo de Rousseau con el movimiento ilustrado<sup>2</sup>.

A partir de 1762, cuando Rousseau ha publicado sus grandes obras y está en la cumbre de la fama literaria, la condena del Parlamento de París sobre el *Emilio* y el *Contrato social* le obligan a huir de Francia y comenzar una vida errante por diversas ciudades y pueblos: Neuchâtel, Môtiers, la Isla de Saint-Pierre, siendo atacado y expulsado, hasta que Mme de Boufflers le pide a Hume que lo acoja en Inglaterra. En enero de 1766 parten ambos para Londres, donde Hume le aloja en el campo y pide para él una pensión al rey Jorge III, que, para disgusto de su amigo, Rousseau se negó a aceptar. Rousseau se mostraba egocéntrico y caprichoso, haciéndose la víctima por las persecuciones reales o imaginarias que sufrió. Todo saltó por los aires cuando Walpole escribió y difundió una falsa carta satírica de Federico de Prusia a Rousseau que, al publicarse en inglés, Walpole atribuyó a D'Alembert. Pero Rousseau pensó que el origen de la carta estaba en Hume, amigo de d'Alembert y de d'Holbach, a cuyo salón acudía en París, compartiendo amistad con los enemigos de Rousseau.

<sup>2</sup> J. Israel termina su análisis de la disputa con Voltaire sobre la Providencia con estas palabras: «A mi parecer se puede decir más bien que Rousseau fue después de su querella con Diderot y de la ruptura completa de las relaciones entre ambos, en 1757, el enemigo más grande de la Ilustración» (Israel, 2013, p. 30).

Rousseau acusó a Hume de traidor y, tras un intercambio de cartas, rompió relaciones con él. El tono lastimero y victimista de Jean-Jacques desconcertaba a Hume, incapaz de entender la tormenta sentimental que Rousseau atravesaba, así que en julio de 1766 le escribió una carta rompiendo con él. Todo este proceso fue explicado por Hume en su escrito *Exposé succint de la contestation qui s'est élevée entre M. Hume et M. J.-J. Rousseau*, publicada en octubre en francés y luego en inglés. En el debate y las explicaciones participaron los amigos de Hume y de Rousseau, tratando de aclarar lo que había de verdad y de invención en los diversos escritos de reproches mutuos (Villaverde, 2025, pp. 119 ss.). Pero en este asunto no hubo discusión de ideas, sino una manifestación más del enfrentamiento entre Rousseau y sus antiguos compañeros del círculo de los enciclopedistas y la Ilustración francesa, en el que no participaron ilustrados de otros países, como Gran Bretaña y Alemania, que fueron solo espectadores externos y asombrados por tales disputas. Recordemos el ejemplo de Kant y el aprecio que manifestó siempre por Rousseau, valorándolo como el «Newton del mundo moral» por sus ideas sobre la libertad y la autonomía moral (López Hernández, 2020, p. 196-197).

Villaverde termina este detallado estudio de las relaciones de Rousseau con los ilustrados recordando la situación con d'Holbach. Rousseau lo apreciaba, a pesar de su ateísmo, e incluso lo retrata como un nombre honesto en la figura de Wolmar, el esposo de Julie (*la Nouvelle Héloïse*). Pero este, en las frecuentes reuniones que celebraba en su casa, a las que asistía Rousseau, insinuaba con frecuencia que su mujer, Thérèse Levasseur, por su incultura y su condición social, no era la persona adecuada para compartir su vida y que debía romper sus relaciones con ella. A esta mezcla extraña de temas personales e ideas filosóficas del barón, que compartían otros miembros del círculo, se le puso el nombre de *philosophie antithérésienne* y da una idea de cómo Jean-Jacques se sentía acosado y fuera de lugar en los salones de la aristocracia (pp. 122-123). Por supuesto, él nunca rompió con Thérèse, a pesar de las críticas, ya que sus lazos afectivos estaban por encima de todos los razonamientos y cotilleos de sus pares intelectuales. Rousseau prefirió seguir con ella durante treinta y tres años y abandonar los salones, la ciudad y los círculos elitistas de la Ilustración, lo cual le valió todavía más rechazo de los ilustrados por su carácter hurao. De este alejamiento salieron las mejores obras de su literatura, las tres obras maestras en sus retiros campestres de Montmorency y luego, en la última etapa de su vida, solitaria y errante, sus escritos autobiográficos.

### 2.3. El complot universal y la irrupción del individuo

Tras su ruptura con Hume, Rousseau vuelve de Inglaterra y se instala en casa del príncipe de Conti y después en otras ciudades, se casa con Thérèse en 1768 y regresa a París en 1770, a la rue Plâtrière, donde comienza a dar lecturas privadas de sus *Confesiones*. En 1772 comienza la redacción de los *Dialogues*, mientras trabaja en otros encargos, como las *Consideraciones sobre el gobierno de Polonia*, y se representa su obra *Pygmalion* en la *Comédie Française*. En 1776 comienza a escribir las *Réveries du promeneur solitaire*, que termina en 1778. El 20 de mayo de ese año se retira a Ermenonville, a casa de M. de Girardin, donde fallece el 2 de julio, acompañado por su esposa, siendo enterrado en l'île des Peupliers, convirtiéndose su tumba en un lugar de peregrinaje.

M.J. Villaverde narra cómo en estos últimos años Rousseau se considera víctima de un complot universal, sospechando que sus enemigos, que ya han acabado con él, pretenden manchar también su memoria en la posteridad, falsificando su obra y su vida. En esta situación de enajenación mental busca desesperadamente el auxilio de la Providencia, pero cuando trata de depositar una copia de sus *Diálogos* en el altar mayor de Notre Dame, con la esperanza de que algún día pudieran llegar

a manos del rey, y encuentra la verja cerrada, piensa que el complot que sufre en la tierra se ha extendido también a las fuerzas del cielo; se siente abandonado hasta por la divina Providencia. Así lo relata en el apéndice de esta obra *Dialogues. Rousseau juge de Jean-Jacques*. Desesperado, trata de entregar en la calle un escrito titulado «A todos los franceses que aún aman la justicia y la verdad», pero los viandantes que se encuentra lo rechazan. Piensa que el género humano se ha vuelto contra él y así lo expresa en las *Rêveries*. En estas obras autobiográficas y en sus cartas Rousseau repasa los pasos del complot que han jalónado toda su vida hasta llegar a esta situación. El complot lo inició la secte *philosophique* en 1757, lo continuó el Parlamento de Paris y la Iglesia Católica en 1762, después el Consejo de su patria, Ginebra, los protestantes de Môtiers cuando fue apedreada su casa, el municipio de Berna y, finalmente, Inglaterra (Villaverde, 2025, pp. 126-127). En cartas privadas él se defendía diciendo que había sido un hombre bueno y virtuoso, sin envidia, sin maldad ni deseos de venganza. En la *Lettre à M. de St.-Germain* (febrero de 1770) dice: «Me gusta vivir retirado, me gusta la sencillez, no me gusta tener a mi alrededor sirvientes y, aunque tuviera cien mil libras de renta, no querría ir mejor vestido, ni tener un alojamiento mejor, ni estar mejor alimentado» (Villaverde, 2025, p. 127). Eso sí, reconoce que su gran, pero única falta, gravísima e imperdonable, de la que se había arrepentido y expiado suficientemente, había sido el abandono de sus hijos (*ibid.*).

En esta última fase de la vida y obra de Rousseau, alejado ya de su contacto con los ilustrados, con sus relaciones reducidas a un pequeño círculo de amigos y admiradores fieles, entre los cuales se cuentan algunos nobles, como Conti o el Duque de Luxemburgo, y escritores románticos como Bernardin de St.-Pierre, hay que destacar el avance o la novedad que supone, en la historia de las ideas, la plena irrupción del individuo en el pensamiento moral y político moderno. Hasta entonces en las teorías del hombre y de la sociedad el objeto de conocimiento era el hombre abstracto, la naturaleza humana en su esencia intemporal e inmutable desde los orígenes de la humanidad. Este era el objeto de estudio en las teorías políticas modernas. Rousseau contribuyó a ello con su obra el *Contrato social*, pero pronto vio la inutilidad de esta teoría para la práctica en la vida real del ser humano. De hecho, en el *Emilio*, al final de la obra, cuando el protagonista busca un lugar para instalarse y vivir con su familia el resto de su vida, recibe el consejo de su tutor para que estudie los diversos sistemas políticos que hay en diversos países y elija aquel que sea menos malo, porque si busca vivir bajo un Estado legítimo e ideal (democrático), no lo va a encontrar en la realidad. Debe renunciar a vivir en una «patria», porque esta no existe, y contentarse con vivir en un «país», una sociedad que, aunque imperfecta e injusta, sea la menos mala de las sociedades posibles (Rousseau, 1969, p. 858, *Émile*, V). Sus escritos autobiográficos, especialmente las *Rêveries du promeneur solitaire*, y el propio *Émile*, son una prueba de esta concentración del pensamiento de Rousseau en la idea del individuo como único sujeto real y efectivo de la vida humana, aunque esta deba desarrollarse, por designio natural o divino, en un medio social. La subjetividad y la individualidad como elementos centrales de la modernidad, desde el *cogito* cartesiano hasta el *Dasein* heideggeriano, o el más cercano «hombre de carne y hueso» de nuestro Unamuno, han ido ocupando progresivamente el centro de la realidad en el mundo moderno y esta tendencia se ha ido acentuando cada vez más en el pensamiento contemporáneo postilustrado. Los escritos de la última etapa de Jean-Jacques nos muestran este triunfo del individuo como una unidad integral de mente y cuerpo (razón, imaginación, sentimientos, voluntad) y como núcleo esencial, emotivo-activo, de la realidad humana<sup>3</sup>.

<sup>3</sup> Me permito un pequeño *excursus* para aclarar lo anterior. El *leitmotiv* de la metafísica heideggeriana es que en la historia del pensamiento occidental se ha producido un «olvido del ser». De sus reflexiones se desprende que dicho olvido ha consistido en dejar de preguntarse «qué es lo que es». Y lo que es, el

### 3. ¿Es Rousseau un antiilustrado? La Contrailustración

La última reflexión nos hace volver a la pregunta de si Rousseau era un ilustrado o un antiilustrado. Para responder a esta pregunta es necesario tener un concepto de lo que es la antiilustración y eso es lo que hace M.J. Villaverde en el último capítulo de su libro, en el que empieza preguntándose: «¿Quiénes eran los *antiphilosophes*?». Para responder, se remonta al momento, ya descrito, en el que Voltaire regresa a París en honor de multitudes poco antes morir, en 1778, representando así el triunfo de la Ilustración. Los *antiphilosophes*, que ya venían manifestando desde hacía dos décadas sus posturas contrarias a los enciclopedistas, llamándoles despectivamente «cacouacs», cargaron de nuevo contra el Patriarca de todos ellos. Algunos escritores y clérigos, entre ellos el canónigo de Notre Dame, el abate Beauregard, se manifestaron contra el regreso de Voltaire y alertaron al rey del peligro que suponía la vuelta y enaltecimiento de un hombre que toda su vida se había dedicado a atacar al trono y al altar, y muy especialmente a la Iglesia católica. Estos hombres se llamaron *antiphilosophes* y así los llamaban sus adversarios. «Eran clérigos, miembros del *parti dévot*, aristócratas, burgueses, parlamentarios y periodistas que se rebelaban ante el auge del *parti de l'humanité*», o sea, contra el partido de los enciclopedistas, cuyo objetivo era derrocar la monarquía y destruir la religión (Villaverde, 2025, p. 141).

El movimiento antiilustrado, que se formó entonces y tuvo continuidad en el siglo siguiente, no ha sido un objeto de estudio especial por parte de los historiadores, al menos con tanto interés como lo han hecho con los estudios sobre la Ilustración. De hecho, señala Villaverde, el término «contrailustración» fue creado por W. Barrett en 1949 y utilizado mucho más tarde por Isaiah Berlin (*Counter Enlightenment*), incluyendo a aquellos pensadores, franceses y alemanes principalmente, que se oponían al universalismo, racionalismo y materialismo de los pensadores ilustrados (Vico, Hamann, Jacobi, De Maistre, De Bonald), ligados en parte al romanticismo y al nacionalismo triunfantes en el siglo XIX. Otros autores, como R. Wolin y, más recientemente, J. Israel, extendieron aquel movimiento contrailustrado a las expresiones posteriores de irracionalismo, populismo autoritario y protofascismo que tuvieron su culminación en el siglo XX. Pero esta visión no ha estado exenta de polémica, siendo rechazada recientemente por R. Norton. El historiador de la filosofía J. Deprun acuñó el término «antiluces» para señalar a aquellos escritores que no compartían la idea de progreso ni las críticas a la religión cristiana, que fueron muchos e importantes en el siglo XVIII (142-144).

Volviendo al siglo de las Luces, el movimiento antifilosófico, que era muy diverso en sus componentes y en sus ideas, ha sido dividido por D. Masseau en tres corrientes de pensamiento (Villaverde, 2025, pp. 144-145): 1) Los apologistas, divididos entre jansenistas y jesuitas, que se centraban en la defensa de la religión cristiana frente a las tesis anticristianas, bien fuesen deístas, escépticas o ateas, de los pensadores ilustrados. 2) Los escritores políticos que defendían la monarquía, la nobleza y el orden social establecido desde el pasado. 3) Los escritores y literatos de estilo más tradicional, que veían su prestigio amenazado por el éxito de las obras literarias y ensayísticas de los *philosophes*, más atractivas para los lectores y para la opinión pública. Muchos de estos escritores no eran devotos incultos o servidores incondicionales y pagados por el poder político, sino que solían ser gente culta,

---

ente compuesto de esencia y existencia, es la existencia (*Dasein*) y, en general, el individuo existente. La existencia auténtica es el ser humano individual, cuya tarea esencial es comprender el ser de todos los entes a través de la producción y el lenguaje en el mundo. Así pues, el *Dasein*, el individuo humano, es el centro original, el sujeto y artífice de la realidad del mundo (Heidegger, 2000, § 20, p. 330 ss.). Sobre el concepto moderno de individuo en Rousseau, comparado con el de Sócrates en la antigüedad, véase Prada 2022, pp. 249-253 y 263.

hombres de letras, que colaboraron incluso con artículos en la *Enciclopedia*. Pero lo que tenían todos en común, y por eso son considerados antifilósofos, era su rechazo a las ideas contra la religión cristiana y las tesis materialistas de muchos, no todos, los enciclopedistas e ilustrados. Y precisamente en estos dos puntos podían coincidir en parte con las ideas de Rousseau, aunque en otros temas estaban radicalmente en contra.

De esta forma, Rousseau recibía críticas, pero también algún pequeño elogio de los más moderados de estos escritores, por supuesto excluyendo totalmente a los del primer grupo. Aquellos antifilósofos que centraban su labor en la lucha contra el materialismo y el ateísmo estaban más cerca de Rousseau, pero solo coincidían con él parcialmente en estas cuestiones. Por ejemplo, el abate Bergier, que dedicó un libro a refutar el deísmo, valoraba la oposición de Rousseau al materialismo y ateísmo de algunos ilustrados. Pero, al mismo tiempo, destacaba las contradicciones de Rousseau por su intolerancia, no solo contra los ateos, sino también contra los católicos y los que rechazaban los dogmas de la religión cívica que él había propuesto en el *Contrato social*, además de negar la libertad religiosa a las mujeres. Al mismo tiempo, criticaba a Rousseau por su deísmo anticristiano (Villaverde, 2025, pp. 152-153). Otros, como el jesuita Nonotte, que defendía la tolerancia civil en temas neutros, pero proclamaba la intolerancia en temas religiosos, acusaba a los *philosophes* de ser intolerantes contra todos los que no compartían sus ideas. Analizando las ideas de Voltaire y Rousseau, el jesuita consideraba a este último más peligroso, porque «razona mejor y se muestra más respetuoso con la virtud y las costumbres, aunque no por ello sus libros contienen 'menos blasfemias e impiedad'» (Villaverde 2025, p. 151; entrecerrillado en el original). He aquí una muestra de que, en temas religiosos, el deísmo de Rousseau era visto por los antiilustrados como el mayor peligro para la religión cristiana, más aún que el deísmo convencional y los ataques furibundos de Voltaire contra la religión católica. Esto nos da una idea de cómo la antiilustración se ensañaba a gusto con Rousseau, incluso en aquellos temas que podía compartir con él, como el antiateísmo. Pero es que resulta que el ateísmo y el cristianismo eran una causa de división importante entre los propios ilustrados.

En resumen, no hay una definición clara de lo que eran las Luces y las Anti-Luces, ni de la barrera que dividía a ambos bandos. Y esto se puede decir más aún de las diferencias que había internamente dentro de cada uno de los bandos. Así las cosas, en los últimos años se ha ampliado mucho el concepto y el campo de la Ilustración, tanto en sus caracteres comunes como en las diferencias que enfrentaban a los ilustrados, incluso a los ilustrados franceses, unidos por un elemento aglutinador como era la *Enciclopedia*. Como dice la autora, haciéndose eco de estos estudios, en la ilustración encontramos cristianos seguidores de la ortodoxia, deístas, ateos, tolerantes e intolerantes, racionalistas e irracionalistas, monárquicos y republicanos. Y hay una ilustración católica y otra protestante, judía, jesuita, benedictina, metodista, mística y hasta hasidim (Villaverde, 2025, p. 162, citando a D. Mc Mahon). Una prueba de ello la tenemos en las sesiones que durante varios años ha dedicado el Seminario de la Ilustración a indagar los diversos aspectos e ideas de autores ilustrados de varias tendencias, así como de autores antiilustrados y también a exponer las distintas formas de Ilustración que se han desarrollado en diversos países, algunos de ellos no occidentales<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> Una pequeña muestra de estas sesiones viene recogida en el libro sobre el progreso y las Luces, editado por López Sastre, Martínez Mesa, Rodríguez García y Sánchez-Mejía (2023).

## 4. Conclusiones y debate

### 4.1. Conclusiones del libro

Tras este magnífico estudio de investigación histórica de las relaciones de Rousseau con sus contemporáneos, la autora responde a la pregunta que se hacía desde un principio. La respuesta a aquella pregunta fue respondida en tiempos de Rousseau por sus coetáneos de manera contradictoria, pues sus compañeros ilustrados creían que era un traidor y se había pasado al enemigo, mientras que los antifilósofos seguían considerándolo un enciclopedista más, aunque tuviese sus diferencias con ellos, pero en ningún caso podían verlo como uno de los suyos. En la actualidad, los historiadores consideran a Rousseau un autor «complejo, contradictorio e inclasificable» (Villaverde, 2025, p. 162) dentro del pensamiento de su siglo y tampoco se ponen de acuerdo sobre su adscripción a uno de los dos bandos, aunque, en mi opinión, durante el siglo XX se le ha visto siempre más cercano a la Ilustración que al pensamiento conservador o reaccionario de su tiempo. En resumen, que Rousseau era más ilustrado que antiilustrado.

Tras repasar algunas opiniones más recientes, Villaverde extrae y formula las siguientes conclusiones. 1) La obra de Rousseau se basaba en «una cosmología, una metafísica y una filosofía moral marcadamente diferentes de las de los *philosophes*» (Villaverde, 2025, p. 165). Esta diferencia nacía de su propia naturaleza y de su experiencia vital, que había formado su carácter, su concepción del mundo y sus valores de forma muy distinta a la del resto de escritores de su generación. Como cita al principio de los *Dialogues*: «Aquí soy un bárbaro porque estas gentes no me entienden» (ibid.; citando a Rousseau, 1959, p. 657). 2) Su mayor originalidad reside en el ámbito de la filosofía moral. Los ilustrados, siguiendo el utilitarismo de moda, basaban la moralidad en el interés, Rousseau la basaba en el instinto y la piedad. Rechazaba el hedonismo materialista y buscaba el principio de la moral en la conciencia, en el sentimiento y la fe. 3) En el ámbito religioso defendía un deísmo peculiar, con una firme fe en la Providencia, aunque se alejaba de los dogmas tradicionales de las confesiones religiosas, especialmente del fanatismo devoto. 4) Rechazaba la exploración científica de la naturaleza, basada en la observación y la experimentación, manteniendo la visión de un mundo ordenado según designios finalistas. Mantenía la visión dualista cartesiana del mundo, dividido en dos ámbitos separados, el espíritu y la materia. 5) Su rechazo al progreso de las ciencias y las artes se debía a que lo consideraba pernicioso y contrario a la mejora moral de la humanidad. 6) Lo anterior le llevaba a una visión conservadora, incluso reaccionaria, de la mujer, a pesar de que vivía en un ambiente proclive al reconocimiento de la igualdad entre los sexos y al fomento del desarrollo intelectual de las mujeres con vistas a su autorrealización. Villaverde dedica un amplio espacio a detallar los numerosos escritos de autores ilustrados sobre esta temática, que en aquel tiempo era totalmente novedosa para la historia del pensamiento (Villaverde, 2025, pp. 167-188). 7) En el ámbito político la gran aportación de Rousseau fue la idea de la voluntad general que, sin embargo, no fue un término de su invención. También utilizó la idea de patria y un concepto incipiente de nación, que serían desarrollados por la Revolución francesa y durante el siglo XIX. Sus escritos políticos aplicados así lo confirman. Pero esta visión estaba más anclada en el patriotismo antiguo grecorromano (Esparta) que en una visión de futuro como la que desarrollaron después los revolucionarios franceses. Su idea de fomentar el patriotismo a través de la educación, las fiestas y las tradiciones, podía suponer también un conflicto con las ideas de fraternidad universal de muchos ilustrados (Villaverde, 2025, pp. 191-192).

Finalmente, la autora examina el legado de Rousseau, sus aspectos positivos y negativos. Entre los negativos cita la influencia que ejerció la obra del ginebrino en líderes políticos autoritarios, como Robespierre y los jacobinos, que le entronizaron en el Panteón y utilizaron sus ideas, así como en otros gobernantes posteriores, Simón Bolívar, Fidel Castro o Pol Pot, que afirmaron leerle con interés e incluso trataron de aplicar sus ideas en sus países (Villaverde, 2025, pp. 183-194). Entre los aspectos positivos señala su denuncia de la desigualdad y del dominio aristocrático, la crítica de la hipocresía de las élites, la defensa del plebeyo o del pueblo, el amor a la naturaleza, sus ideas sobre educación natural y la sensibilidad de sus obras literarias y autobiográficas, donde apela al sentimiento, la empatía y la comprensión del otro. En resumen, Rousseau «fue un moderno, a pesar de que sus ideas no siempre lo fueran y de que sus propuestas fueran irrealizables» (Villaverde, 2025, año, p. 195).

#### 4.2. Apuntes críticos

La investigación desplegada por M.J. Villaverde en este estudio tiene una utilidad enorme para conocer los detalles de las relaciones de Rousseau con sus contemporáneos, detalles que no solo nos revelan sus rasgos de personalidad y el carácter de sus desavenencias, sino que, sobre todo, sacan a la luz los grandes conflictos y contradicciones de la sociedad moderna, cuando estos pensadores estaban creando un *corpus filosófico* que iba a incidir de manera crucial en la historia del pensamiento hasta nuestros días. Esta investigación nos permite además descubrir nuevos puntos de vista sobre las ideas ilustradas y antiilustradas, que están de lleno presentes en la actual fase de la modernidad. Aquí solo pretendo hacer unos breves apuntes críticos, alternativos a las conclusiones que se exponen en el libro.

Las conclusiones obtenidas me parecen discutibles en algunos puntos. Es difícil responder con claridad a la pregunta de si Rousseau pertenecía al bando de los ilustrados o al de la Contrailustración, porque los numerosos estudios realizados, sobre todo en los últimos años, nos hablan de muchas tendencias o corrientes en ambos lados, más o menos incluidas en las tres grandes corrientes que J. Israel ha documentado en su monumental obra: radical, contestada y moderada<sup>5</sup>.

1) No se puede afirmar que Rousseau fuese un ilustrado más, pero tampoco que fuese un contrailustrado, un enemigo de la Ilustración, ni que estuviese situado en un punto intermedio equidistante de ambos bandos o fuera de ellos. De las investigaciones realizadas en este libro se desprende que Rousseau fue un ilustrado desde el principio, cuando inició su amistad con Diderot, participando en su círculo de amigos y colaborando con la Enciclopedia, llegando así hasta su ruptura con él en 1757. Fue entonces cuando inició un camino propio, alternativo, diferente, pero no radicalmente enfrentado a los presupuestos e ideas de la Ilustración. Las diferencias ideológicas expresadas en sus dos primeros discursos no supusieron una ruptura ni personal ni de ideas con los ilustrados. Además, por sus lecturas y por sus escritos, Rousseau participaba de lleno en las ideas progresistas de la época. Sus lecturas versaban sobre los autores políticos y juristas del derecho natural (Grocio, Hobbes, Spinoza, Locke, Pufendorf, Barbeyrac, etc.), sobre los escritores clásicos grecorromanos y los literatos modernos de los siglos XVI, XVII y XVIII.

2) Tampoco se puede decir que se pasó al bando enemigo a partir de sus querellas con los enciclopédistas. La disputa más prolongada y dura la tuvo con Voltaire, que se consumó definitivamente con él y con todo el movimiento ilustrado a su regreso de Inglaterra, tras su ruptura con Hume (1767). Pero hemos visto que la

<sup>5</sup> Radical Enlightenment (2001), Enlightenment Contested (2006), Democratic Enlightenment (2011).

querella con Voltaire fue ante todo una cuestión de tipo personal, por envidias y diferencias profundas en sus caracteres. En cuestiones ideológicas, sus disputas se limitaban al lujo y los espectáculos, que Rousseau rechazaba y Voltaire aplaudía (*Lettre à d'Alembert*), así como a la preferencia de Voltaire por los ricos y poderosos y a los temas de la fe en la Providencia y el deísmo, en los que los dos autores tenían ideas más próximas entre sí que con los ilustrados radicales. Por lo tanto, Rousseau no era menos ilustrado que Voltaire, pero ambos sí fueron los mayores enemigos personales de la época.

3) Finalmente, Rousseau no puede ser encuadrado en el bando de los antiilustrados, porque los apologistas y devotos lo consideraban su mayor enemigo, los escritores cercanos al absolutismo rechazaban sus ideas republicanas e igualitarias y los escritores literarios tradicionales sostenían puntos de vista contrarios en temas morales y religiosos<sup>6</sup>. A pesar de su visión populista o asamblearia de la democracia, negando los partidos políticos y la representación parlamentaria, Rousseau no habría aceptado nunca los regímenes autoritarios o totalitarios que se le han atribuido, ya que su lucha ideológica fue contra la desigualdad social, contra la tiranía política y por un Estado democrático, basado en la soberanía popular, consagrado hoy en todas las constituciones del mundo. Por otro lado, sabemos que los dictadores han recurrido siempre a justificar su poder absoluto apoyándose en grandes filósofos (Rousseau, Marx, Nietzsche) o en grandes religiones.

Este libro aporta una información muy valiosa que nos permite concluir que Rousseau compartió con los enciclopedistas desde el principio sus principales objetivos (libertad, felicidad, moralidad, justicia, racionalidad, progreso, legitimidad del poder político, etc.), pero se fue separando de ellos y tomando un camino distinto o contrario en lo referente a los medios que ellos proponían para alcanzar aquellos objetivos. 1) Rousseau rechazaba el uso de la razón instrumental, encaminada al dominio y control del mundo natural y social. En su lugar, proponía un uso de la razón guiada por el sentimiento y la conciencia moral. 2) Como medios para alcanzar la libertad, la felicidad y el progreso, los ilustrados proponían la riqueza, el poder, las ciencias, las artes, el lujo, etc. Rousseau proponía una vida sencilla, pobre, transparente, en intimidad e igualdad con los otros seres humanos, gozando de la libertad que da la naturaleza, huyendo de la hipocresía y falsedad social, del lujo y los artificios sociales, en el campo, lejos de la opresión del poder político. Este estilo de vida fue la causa principal de su ruptura con los ilustrados. 3) Para alcanzar aquellos fines los ilustrados proponían medios o instrumentos ideológicos en el ámbito religioso, moral y pedagógico: la creencia en un Dios acorde con la ciencia y la moral burguesa, un deísmo de origen cristiano o bien un ateísmo materialista con fuerte base científica experimental; una moral utilitarista acorde con la nueva economía y el progreso material; una educación basada en la razón para formar al burgués y al ciudadano. Rousseau, en cambio, proponía un deísmo peculiar, ligado a una religión cívica acorde con su propuesta política de la voluntad general. Su propuesta moral partía de la conciencia y el corazón, los sentimientos de amor de sí y de piedad que, desarrollados por la razón, llevaban a la autonomía moral, pero al mismo tiempo proponía una moral familiar, basada en los sentimientos y costumbres tradicionales, de corte patriarcal, como vemos en la *Nueva Eloísa*. Su teoría de la educación partía de la naturaleza y utilizaba su guía hasta llevar al individuo a la vida social. En estos ámbitos ideológicos de la religión, moral y educación se manifiesta el aspecto más conservador, o menos ilustrado, quizás, del pensamiento rousseauiano.

<sup>6</sup> De hecho, en el pensamiento reaccionario español y en la etapa de la dictadura franquista, Rousseau era visto como un enciclopedista revolucionario, igual que Voltaire y Diderot (Viñao 2013, p. 436 ss.).

¿Cuál puede ser el motivo por el que Rousseau se alejó del movimiento ilustrado y se opuso a él en algunas de sus propuestas teóricas, como estas que hemos señalado? Una primera respuesta está en su personalidad: su origen plebeyo, sus primeras experiencias como huérfano y exiliado en su infancia y juventud, así como su extrema sensibilidad y capacidad imaginativa están en la base de su comportamiento. Al entrar en contacto con la sociedad parisina aristocrática y burguesa su pensamiento derivó hacia un rechazo psicológico y una búsqueda filosófica de soluciones para los problemas de la sociedad moderna. Donde sus contemporáneos solo veían riqueza, felicidad, poder, belleza y un progreso infinito de las ciencias, las artes y la economía, Jean-Jacques veía el pueblo, los campesinos, los sirvientes, los miserables de las ciudades, lo oprimidos por el poder político, por los nobles y por las Iglesias, la pobreza y la humillación a que vivía sometida la mayoría de la población. Él lo sintió en su propia carne. Rousseau descubrió *avant la lettre* los defectos más graves del pensamiento ilustrado. Aquí solo voy a recordar dos obras contemporáneas que han señalado algunos de estos defectos, para los que Rousseau había previsto algunos remedios.

En la *Dialéctica de la Ilustración* (1944, 1967) Adorno y Horkheimer hicieron una crítica demoledora de algunos aspectos del pensamiento ilustrado, entre los cuales hay uno en el que ya había incidido Rousseau: la crítica a la razón instrumental, porque la razón no es solo un medio para conocer y dominar el mundo, como planteaba el pensamiento ilustrado. Rousseau ya anuncia que la razón se basa en y está unida a los sentimientos naturales del hombre: la unión de sentimiento y razón en la mente humana es hoy ya un tópico, olvidado por el racionalismo utilitarista del siglo XVIII. La razón que conoce para dominar es distinta de la razón que conoce para comprender: esta última puede dirigirse a diversos objetivos, como, por ejemplo, la empatía, la compasión o la fraternidad con otros seres humanos; este era el concepto de razón que Rousseau empleaba en el ámbito moral y político. Veamos cómo el pensamiento de Rousseau tiene su reflejo en algunos fragmentos de la *Dialéctica de la Ilustración*, una obra de nuestro tiempo:

La Ilustración, en el más amplio sentido de pensamiento en continuo progreso, ha perseguido desde siempre el objetivo de liberar a los hombres del miedo y constituirlos en señores (...) La superioridad del hombre reside en el saber, de ello no cabe la menor duda (...) Bacon ha captado bien el modo de pensar de la ciencia que vino tras él (...) El saber, que es poder, no conoce límites, ni en la esclavización de las criaturas ni en la condescendencia para con los señores del mundo (...) Lo que los hombres quieren aprender de la naturaleza es servirse de ella para dominarla por completo, a ella y a los hombres (...) Poder y conocimiento son sinónimos (Horkheimer y Adorno 1994, pp. 59-60).

La segunda es la obra de Judith Shklar, autora de una monografía sobre Rousseau, cuyas tesis compartimos ampliamente. Ella destaca aquel aspecto que resultaba extraño o conflictivo para muchos ilustrados: la valoración del sentimiento como elemento esencial del pensamiento y la acción política. Partiendo del origen de la modernidad, cuando Hobbes decía que todos somos hijos del miedo y la política está para eliminar ese miedo del mundo humano, Shklar establece que el objetivo principal que tienen las democracias liberales es acabar con el miedo de sus ciudadanos y, ante todo, acabar con la crueldad y el sufrimiento al que están sometidos muchos de ellos, en bastantes casos también por parte de los propios poderes públicos. En este objetivo la obra de Rousseau estableció unos fundamentos muy claros, al hablar de un sentimiento original común a todos los hombres, arraigado en su naturaleza, que es la piedad o compasión hacia los que sufren. Shklar lo destaca en su libro.

Jean-Jacques Rousseau no fue un filósofo profesional ni nunca pretendió serlo. Su gran logro había consistido en ser el único «pintor de la naturaleza e historiador del corazón humano» (Shklar 1969, p. 1) (...) La desigualdad era para él siempre una experiencia intensamente personal, una manifestación de crueldad y poder, por una parte, y de servilidad y miedos correspondientes, por otra (p. 19) (...) Lo que [el ser humano] necesita no es más claridad de entendimiento, sino fuerza emocional. Este poder se llama voluntad (p. 72) (...) Rousseau no tenía ningún respeto por la alta cultura, no solo porque era moralmente corrupta, sino porque era una parte esencial de la sociedad desigualitaria. Los artistas y poetas simplemente tejían «guirnaldas de flores para cubrir las cadenas de hierro» que aplastaban al pueblo (...) Y ¿qué es un cortesano, un literato o cualquier otro, sino un criado? En realidad, la nobleza entera es un *corps de valets* (pp. 110-111)<sup>7</sup>.

Estos textos son una pequeña muestra de cómo Rousseau fue un pensador que, aun partiendo del movimiento ilustrado, al cual perteneció en un principio, ejerció la crítica contra ciertas tesis de este movimiento y avanzó algunos de los problemas que se cernían sobre las sociedades del futuro, o sea, la sociedad actual: la explotación sin límites de la naturaleza, el aumento ilimitado de la desigualdad, el control de la sociedad por los ricos y poderosos, la anulación del individuo, la impotencia de la razón instrumental para resolver los problemas humanos, el incremento de lo artificial sobre lo natural y, sobre todo, el olvido de los sentimientos originarios del amor de sí y la compasión por los semejantes.

## Bibliografía

- Adorno, Th.W. y Horkheimer, M. (1994). *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Trotta.
- Heidegger, M. (2000). *Los problemas fundamentales de la fenomenología*. Trotta.
- Israel, J. (2013). Rousseau y la idea de la Providencia divina. En J. López Hernández y A. Campillo Meseguer (Eds.), *El legado de Rousseau 1712-2012* (pp. 21-30). Editum.
- L'Aminot, T. (2013). La réception de Rousseau en France de 1950 à aujourd'hui. En J. López Hernández y A. Campillo Meseguer (Eds.), *El legado de Rousseau 1712-2012* (pp. 31-51). Editum.
- López Hernández, J. (2020). *La teoría del Estado en sus fuentes: De Maquiavelo a Marx*. Tecnos.
- López Sastre, G. et al. (coords.) (2023). *Las luces del progreso y la conciencia de la Modernidad*. Tecnos.
- Prada García, A. de (2022). *El proceso de Sócrates: Del “nosotros” al “yo”. Contra el prejuicio individualista no percibido*. Ápeiron.
- Rorty, R. (1983). *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. Cátedra.
- Rousseau, J.-J. (1969). *Émile ou de l'éducation*, em *Oeuvres complètes*, IV. Gallimard.
- Rousseau, J.-J. (1967). *Lettre à d'Alembert sur son article Genève*. Garnier-Flammarion.
- Rousseau, J.-J. (1966). *Du Contrat social*. Garnier-Flammarion.
- Rousseau, J.-J. (1959). *Rousseau juge de Jean-Jacques. Dialogues*, en *Oeuvres complètes*, I. Gallimard.
- Shklar, J. (1969). *Men and citizens. A study of Rousseau's social theory*. Cambridge University Press.

<sup>7</sup> Shklar, 1969. Las citas entre comillas son, respectivamente, de los *Dialogues*, I, y del *Discurso de las ciencias y las artes*, I. El Seminario de la Ilustración de la Fundación Ortega ha dedicado dos sesiones monográficas a estudiar precisamente estas dos obras, la *Dialéctica de la Ilustración* a cargo de la profesora Aina López Yáñez y la obra de Judith Shklar a cargo de la profesora Paloma de la Nuez.

- Starobinski, J. (1971). *Jean-Jacques Rousseau. La transparence et l'obstacle*. Gallimard.
- Trousson, R. (1977). *Rousseau et sa fortune littéraire*. A.G. Nizet.
- Villaverde Rico, M.J. (2025). *Rousseau visto por sus contemporáneos: odio e idolatría*. Guillermo Escolar.
- Villaverde Rico, M.J. (2022). *Tocqueville. El lado oscuro del liberalismo*. Tecnos.
- Villaverde Rico, M.J. (1987). *Rousseau y el pensamiento de las Luces*. Tecnos.
- Viñao Frago, A. (2013). La recepción de Rousseau en la formación inicial del magisterio primario (España, siglo XX). En J. López Hernández y A. Campillo Meseguer (Eds.), *El legado de Rousseau 1712-2012* (pp. 429-445). Editum.